

CARTA XXVI.

Paris, Hospital de San Luis, en
una noche de guardia.

El número de enfermos y de muertos sigue en disminucion, querida Carolina, pero todavía no estamos enteramente seguras; los médicos anuncian una recrudescencia terrible. Dios es el Señor y dueño soberano; que su voluntad se cumpla, y démosle gracias de que nos permite descansar un poco, y reparar nuestras fuerzas para emplearlas de nuevo en servicio de nuestros hermanos, si fuere otra vez necesario. Pero, Carolina, bendigámosle sobre todo juntas por haber perdonado á todos los séres que nos son tan queridos; yo considero como un milagro que ni uno solo haya sido tocado de esa horrible enfermedad, y creo que lo debemos á la dichosa inspiracion que tuvimos de consagrarlos todos y ponerlos bajo el amparo y patrocini-

no especial de la Santísima Virgen, pues he sabido que aconteció en América un caso igual en circunstancias parecidas, librándose del contagio todas aquellas personas que abrazaron la práctica de confesar y comulgar en honra de la Reina del cielo el dia 12 de cada mes, que es la fecha que le está allí especialmente dedicada en memoria de una notable aparicion suya verificada hace 300 años en favor de aquellos habitantes, cuyo remoto suceso se conserva fresco hasta el dia, no solo por la tradicion y un suntuoso templo edificado en el mismo lugar, sino mucho más por un retrato milagroso que quiso dejarles la Santísima Virgen como testimonio de su proteccion, manifestada en todas épocas de mil maneras diferentes, lo que hace encender cada dia más la devocion y el amor á nuestra buena Madre, que jamás abandona á los que recurren á ella con confianza. Así nos lo acaba de probar á nosotras: ¡ojalá y conserve bajo su manto á todas las personas que amamos!

Ya te he hablado de la caridad ardiente de que nuestro clero nos ha dado ejemplo en estas tristes circunstancias. Se puede decir que siguiendo las huellas de su arzobispo, ha dado pruebas de heroísmo; sí, de heroísmo, porque

todos admiten que se necesita más valor para afrontar la muerte á sangre fría, que para desafiarla en el ardor de los combates. No solo en las ciudades es donde los sacerdotes han mostrado su celo y abnegacion, sino que casi no hay pueblo, ni aldea, ni miserable cabaña, donde no se les bendiga como á sus salvadores, y se les tenga por ángeles de paz y de misericordia. ¡Ay! Los que tan vilmentelos calumnian é infaman, sin ni siquiera conocerlos, tendrán algun dia que hacerles la justicia que se les debe y tributarles el respeto que merecen!

Imitadores de sus virtudes muchos seculares, débiles mujeres, pobres doncellas, se han consagrado al alivio de los coléricos y han venido á pedirnos como una gracia señalada el permiso de compartir nuestras fatigas: el cólera, al revivir la fé de los fieles, ha dado á luz acciones sublimes; quisiera consignarlas todas para que se conservase su memoria, pero no pudiéndolo hacer, me contentaré con citarte dos, elegidas como al acaso, y hoy empezaré por hablarte de una pobre anciana, despreciada tal vez por el mundo, pero cuya alma debe ser muy agradable á Dios.

Regina Sorat, nacida en los últimos grados

sociales, tuvo la dicha de tener una madre cristiana que le enseñó desde temprano á amar á Dios y á su prójimo. A penas en la adolescencia, fué colocada en casa de una señora piadosa, que se hizo un deber de cultivar sus virtuosas disposiciones, y le dejó al morir una pequeña renta de 60 pesos anuales, por agradecimiento de los servicios que le habia prestado en varios años. Esto era casi un gran capital para Regina, que todavía jóven, podia muy bien pensar en casarse. No le faltó por cierto ocasion, pero entregó su afecto enteramente á los nuevos amos que la Providencia le proporcionó, y no los quiso abandonar nunca. El padre, la madre y cinco niños, que ella vió nacer y arrulló uno despues de otro, componian esa dichosa familia, donde ella era tratada más bien como igual que como criada. Su sueldo no era á la verdad muy grande, porque su amo, simple oficial de un ministerio, tenia mucha dificultad en cubrir todos los gastos de su familia, y por mucha economía y orden que tuviera su esposa, llegaban algunos momentos de apuro que no podian disimular. Entónces Regina los hacia cesar, ó por lo ménos disminuir, con una inocente dróga, cuyo secreto por

largo tiempo no fué conocido más que por Dios y ella: su pequeña renta le servía para ayudar á las necesidades de la casa, y cuando su ama se admiraba de lo barato que le costaban las cosas que compraba, solo le respondía sonriendo:

“Si á mi ama le parece que no es bueno el precio, yo diré á los vendedores que lo suban un poco.”

Y todo quedaba en eso, llenándose de contento Regina cuando veía renacer el júbilo en la casa.

Llevaba ya diez años de estar con aquella familia, cuando vino el cólera á diezmarla; el padre, la madre y tres de los hijos fueron arrebatados en ménos de ocho dias, y la pobre Regina se quedó encargada de dos huerfanitos á quienes no quedaba otro recurso que la caridad de su antigua nana.

Abandonar á la commiseracion pública á esos dos pobres niños, era cosa que ni aun le pasó por el pensamiento á Regina; así, no se ocupó más que de buscar alguna industria que le permitiese mantener á los niños sin que tuviese que separarse de ellos. Dotada de energía y de resolucion, tomó muy pronto su partido: fué á buscar á los herederos de su primera ama, y á

fuerza de ruegos consiguió, que en vez de la renta vitalicia de que disfrutaba, le pagasen por una sola vez quinientos pesos; despues, vendiendo su reloj, una cadena de oro y otras alhajitas que tenia, aumentó algo más su corto capital, y una mañana se instaló con sus nuevos hijos en una pequeña tienda, donde metió todo su haber.

En seguida, no satisfecha con alimentarlos con su trabajo, quiso tambien que recibiesen una educacion igual á la que les hubieran dado sus padres, si aún vivieran: en consecuencia, puso de media pupila en un buen colegio á Laura, que es la mayor y tiene ahora diez años, y ha logrado que un sacerdote de su parroquia, que enseña á algunos niños, se encargue de la educacion de su Alfredo, guapo muchacho que cuenta diez y ocho meses ménos que su hermana.

Dios ha bendecido la obra de la virtuosa Regina; su pequeño comercio prospera, y tiernamente amada de sus hijos adoptivos, respetada de cuantos la conocen, no comprende cómo es posible que admiren una accion que ella considera muy natural y poco digna de elogios.

El rasgo de Lucía Meunier, mi segunda he-

roina, tiene alguna semejanza con el de Regina, nada más que se agrega un sacrificio que lo hace más meritorio. Júzgalo tú misma, y no te enfades si entro en pormenores que creo demasiado útiles para hacerte conocer mejor el carácter de mi favorita, que es simplemente una humilde costurera de modista.

Huérfana desde muy tierna edad, fué recogida Lucía en una de nuestras casas, en el "*Orfelinato de la Providencia*;" adquirió con la afición al trabajo los hábitos de una piedad sincera y un gran celo por la salvacion de sus semejantes. Salió del establecimiento á los veinte años, y aunque jóven y de buena figura, supo portarse de un modo tan prudente, que evitó cuantos lazos se tendieron á su inexperiencia. Sola y sin apoyo en el mundo, conservó una reputacion al abrigo de toda sospecha de parte de sus vecinas, aun las más exigentes.

Con todo, la soledad se le hacia insoportable á la pobre, acostumbrada como estaba á verse rodeada de compañeras que la amaban con pasión: además, anhelaba los goces de familia; con lo que despues de haber consultado con nosotras, se determinó á intentar reunirse con

la única parienta que tenia, que era una hermana mayor, casada con un carpintero. Esta hermana, nacida del primer matrimonio de su madre, la habia tratado siempre muy duramente; jamás le habia podido perdonar que la hubiera privado con su nacimiento de la mitad de la herencia materna, que era bien insignificante; así, no contenta con hacer que nada percibiese de lo que le tocaba por la muerte de su madre, la arrojó inhumanamente de su casa, sin lástima á sus pocos años.

Tales antecedentes deberian haber quitado á Lucía todo deseo de ir á ponerse bajo la tutela de su hermana; pero creía que no habiéndole de ser gravosa, porque con su trabajo se proporcionaba lo necesario, ya aquella no tendria los mismos motivos que anteriormente para tratarla mal; y añadía ingenuamente que sentia en su corazon un vacío que esperaba llenar con el amor fraternal.

Se dirigió, pues, á casa de su hermana para pedirle el favor de que la concediese un rincón en su habitacion. La respuesta que recibió fué breve y la excusó de todo agradecimiento: apenas se dió á conocer á su hermana, cuando ésta, mostrándole la puerta, la dijo que estaba

abierta para que saliera luego, y al cerrársela casi en la cara, la amenazó con echarla otra vez á escobazos si por desgracia se volvía á presentar allí.

Lucía no insistió más y se resignó á vivir como ermitaño en su corta habitacion, cuya soledad procuró alegrar con el cultivo de algunas macetas y el cántico de los himnos piadosos que habia aprendido en el asilo desde su infancia. Los domingos iba á visitar á Sor Carolina, su antigua maestra, que hace dos años fué trasladada de nuevo aquí.

Diestra, activa y muy honrada, consiguió poco á poco formarse una clientela de señoras acomodadas que la ocupaban directamente para sus trages, con lo que pudo tomar dos ó tres muchachas que la ayudaban á coserlos. Más adelante eran incontables las aprendices que solicitaban de ella su admision; pero jamás quiso coger sino aquellas que le ofrecian garantías por los principios religiosos de sus padres.

Convirtió su taller en una especie de convento, y una de las mejores recomendaciones que una costurera podia dar para ser admitida en cualquiera parte, era haber aprendido con la Srita. Lucía Meunier.

Aunque un trabajo constante y la vigilancia que ejércia sobre las jóvenes de su pequeña comunidad, absorben por lo ménos las tres cuartas partes de su dia, Lucía encuentra, sin embargo, tiempo para practicar otras buenas obras que no lo exigen. Así, tenia por vecina á una mujer que buscaba su vida haciendo mandados y vendiendo cosas ajenas para ganar el corretaje; no tenia otro recurso con que sostener á su anciana madre, la que cayó enferma, y su pobre hija se veia en la alternativa de enviárla al hospital ó de renunciar, por asistirle, al único medio de existencia con que contaba.

Apénas supo Lucía la afliccion en que se hallaba, cuando la hizo cesar constituyéndose en cuidadora de la enferma, cuya cama hizo pasar á su mismo cuarto. Esa accion caritativa fué muy criticada y aun hicieron burla de ella; pero Lucía, dejando reir á los que no comprendian el motivo sobrenatural de su conducta, atendió por completo durante seis semanas á la enferma, velándola una noche ella y otra la hija.

El Señor premió su caridad tocando el corazón de la anciana, que llevaba largos años de no cumplir con sus deberes religiosos: se convirtió, murió cristianamente, é imitándola su

hija en su arrepentimiento, tuvo Lucía el consuelo de haber ganado dos almas para Dios.

Ese suceso no le hizo perder nada de su humildad; atribuyó toda su gloria al Señor, y mereció con eso llegar a ser, aunque en una posición tan oscura, el apóstol de los ricos de la tierra.

Admitida por su oficio al trato de las más grandes señoras, y de esas mujeres mundanas á quienes la sola vista de un sacerdote horroriza ó espanta, supo por medio de piadosas reflexiones, dejadas caer con oportunidad, hacer entrar á varias dentro de sí mismas, reducir las á una vida cristiana, teniendo la dicha de que, por la unción de sus palabras, esas almas extraviadas volviesen al camino de la salvación, abrazaen el yugo del Señor y lo llevasen con fervor y perseverancia.

Y ¡todas esas obras tan difíciles las realiza una pobre ó ignorante costurera! ¡Vaya! que hay en eso con que confundir nuestro orgullo y hacernos ver que nada somos, que nada podemos por nosotros mismos, sino que todos los instrumentos son buenos en manos de nuestro divino Maestro!

La más bella conquista que Lucía consiguió

sobre el infierno fué sin duda alguna la de Inés, hija única del Sr. D***. De todas sus favorecedoras era la que le inspiraba mayor interés, una simpatía más tierna: la había conocido desde niña; entónces la alegre y traviesa Inés amaba á su jóven costurera por lo condescendiente que era á todos sus caprichos; más tarde, llegando ella misma á la juventud, cambió aquel afecto en verdadera amistad. Inés, hermosa, rica, adulada por todos, consentida de su padre, había conservado, sin embargo, un corazón recto y bien formado, había adivinado el de Lucía y sabía estimarlo; por esto ella sola era su confidente; le comunicaba sus goces, sus placeres y sus amarguras.

Colmada Inés de cuantos bienes pueden desear los hombres, ¿podía encontrar acaso motivo por qué llorar? ¡Ay! sí, la infeliz niña, educada por un padre ateo, experimentaba un vago é inmenso vacío de felicidad, que ni los favores de la fortuna, ni los dones de la naturaleza, ni los placeres del siglo podían colmar. No contento con haberla rehusado el bautismo, pues solo la llamaba Inés, por ser el nombre de la heroína de un drama que le agradaba, y de jactarse de eso públicamente, había cuidado su

padre de dejarla en la más completa ignorancia acerca de los dogmas, de las creencias y de las prácticas de la religion santa; y aunque nacida Inés en un país cristiano, la desgraciada niña no había puesto jamás los piés en una iglesia; vivia sin Dios, sin fé, sin culto y sin esperanza.....

Como consecuencia de una educacion tan extraviada, la más lijera contradiccion, el menor desengaño la sumergía en una negra tristeza que solo Lucia era bastante hábil para disipar.

Ya te puedes figurar cuáles fueron los terrores de Inés al ver que la epidemia segaba sin piedad á sus lados las existencias más floridas, y que caían igualmente los viejos y los jóvenes, los pobres y los ricos.

La ternura de su padre era impotente para calmar su alarma, aunque se esforzó en alucinarla sobre la gravedad del peligro, prodigando á su derredor las fiestas y las diversiones.

La temerosa Inés no podia gozar de ellas, la fúnebre imágen de la muerte la perseguia por todas partes; y en lugar de alegrarse con aquellos festines que le ofrecia el amor paternal, la idea de que el sepulcro la iba á privar de ellos

para siempre, la hundia en el más silencioso y triste abatimiento.

Lucía sufría mucho al ver la posicion de Inés, sin atreverse á indicarle el remedio. Temia que un celo indiscreto le cerrase todo acceso con ella, y esperaba que Dios le proporcionase una ocasion favorable para consolar á esa pobre alma encadenada con los lazos del error, pero que hacia esfuerzos por librarse de ellos.

Adios, querida Carolina, terminaré otra ocasion la historia de Lucia. Ya es necesario hacerlo así porque mi lámpara se apaga, el papel me falta y ya oigo á mis hermanas que vienen á relevarme para velar la otra mitad de la noche; son, pues, muchas razones para que me despida, recomendándote que no dejes de rogar á Dios por tu amiga

SOR TERESA.